

ARTICULOS

UN PROGRAMA DE ESTABILIZACION Y REACTIVACION ECONOMICA

Francisco J. Ibisate

RESUMEN

El presente artículo, extracto de una exposición pública hecha por profesores del departamento de economía (UCA), sobre las nuevas medidas económicas del gobierno, se ciñe a presentar y comentar el marco limitante, económico y político, en que se ha decretado el "Programa de estabilización y reactivación económica." No hay un juicio de valor sobre la bondad de estas medidas, sino más bien se parte de la hipótesis de que carecen de eficiencia positiva en orden a lograr la estabilización y la reactivación. Más bien se enfatiza el hecho de que esos dos términos (estabilización-reactivación) son problemas superficiales, en el sentido de que derivan de problemas más fundamentales o estructurales, tanto por lo que atañe a nuestras relaciones económicas-políticas externas, como por lo que se refiere a nuestras relaciones económicas y sociales internas. Hacia afuera, hay que aunar esfuerzos con otros países deudores en orden a combinar el pago de deuda y el desarrollo social. Hacia dentro, la economía de crisis y guerra prolongadas requieren iniciar el camino hacia un modelo más austero, más sencillo, más equitativo en la distribución del sacrificio. Y bajo cualquier supuesto nada se podrá lograr en el orden económico, mientras no se ponga fin al mal de la guerra.

Introducción: los límites económicos

"Algo había que hacer" fue la expresión varias veces repetida por personeros oficiales al presentar el nuevo programa económico. El gobierno tenía dos alternativas: dejar correr las cosas y que la situación se resolviera o se empeorara por sí misma, o tomar una iniciativa económica a riesgo de un deterioro político porque la medicina iba a resultar un tanto amarga; se prefirió la

segunda opción. A primera vista la expresión de "algo teníamos que hacer" no es una traducción económica muy concreta del plan del gobierno "El camino para la paz," pero sí es una traducción bien concreta de los límites económicos históricos y permisibles dentro de los cuales el actual gobierno podía actuar. De hecho, de 1979 a 1986 se venía dando un deterioro económico y social, imposible de paliar con el "crecimiento-

cero" de 1984 y del crecimiento del 1 por ciento en 1985. Llamar "crecimiento-cero" a la suma de producción para la guerra y producción para la vida es sumar lo que hay que restar. Si el desarrollo económico se mide más bien por la respuesta a estas tres preguntas: ¿ha disminuido la desigualdad? ¿Ha disminuido la pobreza? ¿Ha disminuido el desempleo?... es claro que nuestro subdesarrollo se venía incrementando. En este sentido, "algo había que hacer" dentro de unos estrechos límites económicos.

También es cierto que "algo se había hecho." De 1979 a 1985 se habían venido aplicando, en forma sucesiva, un conjunto de políticas de reactivación y estabilización, que se aunarán en el mismo programa en 1986. De 1979 a 1981 se trató de impulsar el gasto público, utilizando políticas crediticias del banco central, con miras a contrabalancear la brusca contracción del sector privado. Son los años de la nacionalización de la banca y del comercio exterior y de las reformas agrarias, y son los años de las masivas fugas de capital privado; junto con la contracción en la actividad manufacturera y agropecuaria comenzaron a incrementarse los gastos militares.¹

En el segundo período, 1982-1983, el cual coincidió con el pánico financiero internacional derivado de la elevada deuda externa del tercer mundo, se deseó aplicar un programa de estabilización económica del Fondo Monetario Internacional, cuyos objetivos eran la recuperación del equilibrio externo y la reducción de la inflación. Las medidas económicas fueron contracción de la demanda, alza de las tasas de interés, congelamiento de sueldos-salarios y precios, menor expansión del crédito al sector público, promoción del crédito al sector privado..., elevación de los donativos de la AID, e inicio del "deslizamiento" con la creación del mercado paralelo. El tercer período se inició en 1984 con el abandono del programa de estabilización económica y con la implementación de políticas económicas orientadas hacia la "expansión de la demanda." Se formuló un programa de reactivación económica, cuyo objetivo fue la expansión de la demanda interna como estímulo del aparato productivo, buscando fortalecer la oferta mediante otorgamiento de incentivos a las actividades producti-

vas con mayor incidencia en la recuperación. Volvieron a crecer los gastos gubernamentales y el crédito al sector público.

Sin embargo, estos vaivenes económicos coyunturales (reactivación, estabilización, reactivación) los cuales correspondieron a otros vaivenes políticos, no lograron resolver los problemas macroeconómicos. Estos, de acuerdo a las tres preguntas antes planteadas, se iban profundizando. Desde el punto de vista de la teoría y de la práctica económica se podían derivar algunas importantes conclusiones.

En relación al "déficit fiscal" se llegó a la conclusión general que para expandir la actividad económica había que hacer déficit fiscal, que para reducir el déficit fiscal había que aceptar la contracción económica. Y de una manera más general, que "el agotamiento de nuestro modelo económico" (no sólo por razones coyunturales de guerra) requería un déficit fiscal.²

Otro tanto se diga del desequilibrio externo de la balanza corriente y dentro de ella de la balanza comercial. Cuando se busca una reactivación económica, la balanza comercial resulta deficitaria. La búsqueda del equilibrio externo conlleva una contracción económica, a no ser que en un año determinado nos toque la lotería de un buen precio a algunas de nuestras exportaciones.

La inflación, que venía actuando desde 1973, alcanzó cifras promedios oficiales del 14 por ciento en el período de 1979-1985. Finalmente, la deuda externa se duplicó con creces en ese mismo período, después de venir aumentando notablemente desde la década anterior.

Lo que en forma y períodos alternativos se había intentado hacer, ahora se quería lograr con un sólo programa, que simultánea o consecutivamente genera estabilización y reactivación económica. Quizás esta política compleja se deba más, como diremos enseguida, a presiones externas que a convencimientos teóricos o prácticos internos; ¿no se podrá traducir en ese sentido la frase, "algo teníamos que hacer"? Desde un enfoque o razonamiento histórico se podría presumir que este conjunto de medidas económicas no lograrían mejor resultado en 1986 del que habían logrado en el quinquenio anterior, ya que los ad-

Llamar "crecimiento cero" a la suma de producción para la guerra y producción para la vida es sumar lo que hay que restar.



juntos económicos y sociales se están deteriorando: la inflación, el desempleo, el descontento, la incertidumbre..., y el mal siempre presente de una guerra tercamente prolongada.

Además, el nuevo programa económico estaba camuflando con terminología de contabilidad nacional, impuesta desde fuera, unas profundas desigualdades internas. No basta decir que la economía está desestabilizada o desequilibrada y que hay que buscar un equilibrio externo; la mayoría del pueblo ni entiende esa terminología, ni ve que ahí esté el problema económico-social. La mayoría de la gente ve el problema en la desigualdad del género de vida, en lo injusto de la distribución de la riqueza y del esfuerzo nacional, en la pérdida de seguridad física, económica y social. Y comienzan a sentir que el "paquete económico" no aumenta su esperanza de mayor seguridad. Tampoco es más explícito el término de "reactivación económica," si seguimos sumando producción para la guerra y producción para la vida, aunque el producto nacional crezca en 3 por ciento con esa vitamina bélica; en esa forma sólo se logrará reactivar la inflación, el desempleo, la incertidumbre..., y la deuda externa. Dar un salto desde una economía tradicionalmente asimétrica,

desigual e injusta hacia un desarrollo participado por todos los grupos sociales ("el desarrollo de todos los hombres, y el desarrollo de todo el hombre") requería un "nuevo modelo económico" que acercase más los unos a los otros y los otros a los unos, un género de vida y de producción más sencillo y austero, más cerca no al consumo per-cápita nacional, un modelo de crecimiento con distribución. Un salto tan grande parece que no puede entrar en el "algo teníamos que hacer" del gobierno. Las presiones de fuera y de dentro empujaban por otro lado, a pesar de que el golpe de estado de 1979 y la guerra prolongada habían tenido su origen en esas desigualdades típicas del actual modelo.

Aparte de estos condicionamientos estructurales otros limitantes están condicionando al gobierno. En primer lugar, el hecho de que los pequeños países del istmo centroamericano, cada uno de por sí, son económicamente inviables. *Divide et impera*. Adicionalmente, la ruptura inicial de tipo comercial al interior del mercado común centroamericano se ha complicado en ruptura político ideológica, y al encontrarnos como "estados desunidos de centroamérica" (con minúscula) buscamos el refugio de Estados Unidos de Norteamérica. Económicamente supervivimos

gracias a ellos, pero esta ayuda económica impone opciones y soluciones; es una ayuda condicionada y condicionante. ¿Mejorará algo la unión con el nuevo parlamento centroamericano? Por otra parte, la guerra diluye cualquier efecto positivo de las medidas económicas; testigo la experiencia de 1979 a 1986: el simple anuncio de un paro al transporte nacional genera más incertidumbre. La guerra, que nace de causas estructurales, pero que ha ido adquiriendo el aspecto de enfrentamiento de ideologías y de modelos económicos extremos y contrapuestos, aparte de haber privado al país de muchos pensadores y técnicos comprometidos con el bienestar social, ha ido generando un mayor aferramiento a los propios intereses, al propio modelo, frenando con ello todo intento de reformas al modelo, por aquello de que si no es "blanco" tiene que ser "negro." Se prolonga así la causa de la enfermedad y la enfermedad de las soluciones pretendidas.

Dentro de este enmarque de límites y limitaciones tiene un gran sentido la expresión oficial del "algo teníamos que hacer." Esta expresión cobra mayor sentido si esquematizamos tres lecturas o enfoques de nuestra economía, los cuales al menos dos de ellos, si han ejercido virtual influencia en la implementación de las nuevas medidas económicas.

Tres lecturas de nuestra economía nacional

1. Enfoque y presiones del Fondo Monetario Internacional

Voces autorizadas de personas y grupos representativos internacionales se muestran netamente reticentes frente a las políticas y recomendaciones del F.M.I., aplicadas a los países del tercer mundo. La crítica parece centrarse en la excesiva "especialización en el trabajo" de esta institución. Calle de por medio se alzan el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial de Desarrollo, muy cercanos físicamente y un tanto alejados en sus correspondientes funciones; se echa de menos y se solicita un túnel subterráneo que comunique estas dos organizaciones mundiales. Los miembros del FMI podrán responder que para eso fueron creados, para asegurar el equilibrio de las balanzas de pagos en el marco de un patrón monetario con tipos de cambio fijos. En consecuencia, tendrán que recomendar e imponer, en la medida posible, programas de esta-

bilización económica allí donde se presenten desequilibrios deficitarios en los presupuestos gubernamentales, en la balanza comercial y corriente, en la deuda externa. Así, por ejemplo, el programa de estabilización económica del FMI para El Salvador en 1982-1983, con las medidas arriba mencionadas, y entre ellas, el inicio de una devaluación monetaria. Resulta que esos mismos desequilibrios, aunque por razones bien diferentes, se venían dando en la economía de Estados Unidos (déficit fiscal, déficit comercial, moneda sobrevaluada, con daños para terceros países), pero el FMI no se ha mostrado tan fuerte con los fuertes. Lo que se critica, de parte de los países del tercer mundo, es que el FMI se centra eminentemente en los resultados o efectos finales en la contabilidad nacional, pero se muestra ineficiente en remediar las causas de tales desequilibrios y en ponderar los resultados poco sociales de sus recomendaciones. Decir que esa es su tarea no es una respuesta satisfactoria para los países sobreendeudados, que reclaman algo más que un "túnel" entre las dos instituciones.

El boletín del FMI transcribe la exposición y solicitudes del Grupo Intergubernamental de los Veinticuatro (G-24), reunido en Seúl (5 de octubre de 1985), en vísperas de la reunión anual del Fondo y del Banco Mundial.

Una de las peticiones del G-24 era "La reforma del sistema monetario y financiero internacional." Las políticas y recomendaciones del FMI para nuestro país, traducidas en el actual "programa de estabilización" conviene enmarcarlas en el cuadro mundial tal como lo describe el Grupo de los Veinticuatro: "Los ministros subrayaron que la economía internacional sigue caracterizándose por bajas tasas de crecimiento, alto nivel de desempleo en la mayoría de los países, la inestabilidad y el desajuste de los tipos de cambio, la falta de coordinación de política entre los principales países industriales, un financiamiento insuficiente para el desarrollo, una corriente neta de recursos de los países en desarrollo hacia los países desarrollados, altos tipos reales de interés, un sistema inadecuado de creación y distribución de la liquidez y un creciente proteccionismo. Subrayaron que el carácter de estos problemas es sistémico e instaron a que se dé consideración a la reforma del actual sistema monetario financiero internacional. La comunidad internacional debe esforzarse porque haya condiciones internacionales que apoyen un desarrollo equilibrado para la economía mundial y

La mayoría de la gente ve el problema en la desigualdad del género de vida, en lo injusto de la distribución de la riqueza y del esfuerzo nacional, en la pérdida de la seguridad física, económica y social.

el crecimiento acelerado de los países en desarrollo.”³

En el mismo número del boletín del FMI se transcribe el comunicado hecho a la prensa luego de la reunión anual del FMI y BIRF (Seúl, 7 de octubre de 1985). Posteriormente (3 de febrero de 1986) el director gerente, J. de Larosiere, expone en la reunión del *Overseas Bankers Club* de Londres las políticas de cooperación derivadas del llamado Plan Baker, secretario del tesoro de Estados Unidos, en la citada reunión del FMI y BIRF.⁴ Es de subrayar el conjunto de buenas intenciones y nuevas políticas contenidas en este discurso; a modo de ejemplo se enfatiza que “no es posible prescindir de la estrecha colaboración entre el Fondo y el Banco Mundial” y “ahora debemos pasar de la fase de contención a la de consolidación”... Sin embargo, el boletín del FMI del mes de marzo de 1986 tiene que volver sobre el tema de las “repercusiones del menor crecimiento de las naciones industriales” y los ministros de economía y hacienda del Grupo de los Veinticuatro se vuelven a reunir en Buenos Aires (3-6 de marzo de 1986), antecedendo a la reunión que tendría lugar a los días 9 y 10 de abril entre los principales órganos asesores del FMI y BIRF, y antecedendo a la reunión cumbre de los “siete grandes” en Tokio. El tema de esta reunión del Grupo de los Veinticuatro vuelve a ser “la necesidad de adoptar nuevas medidas frente a los problemas de la deuda,” en el contexto de la reforma del sistema monetario internacional. Consideraciones y peticiones semejantes fueron formuladas en el “Consenso de Cartagena,” grupo que representa a los países de América Latina más endeudados (28 de febrero de 1986).⁵ En la reunión cumbre de Tokio este fue uno de los puntos de agenda; sin embargo, pocos días después, el presidente de la junta de la Reserva Federal de Estados Unidos, Paul Volcker, manifestó un “cauto optimismo acerca de las perspectivas de reducir la deuda del tercer mundo y expandir las economías mundiales;” su exposición, hecha en Washington, el pasado 8 de mayo, es una mezcla de claro-oscuros: “creo que enfrentamos una especie de vertiente, no con res-

pecto a la deuda internacional, sino con respecto al manejo de la economía mundial”... “es difícil... negar que el problema de la deuda, como muchos otros, debe ser resuelto en el marco del crecimiento... El corolario de esto es que un sostenido crecimiento requiere tanto disciplina financiera como cambios estructurales.” Paul Volcker defendió el Plan Baker, porque “reconoce que el éxito sólo puede lograrse con esfuerzos mutuos de cooperación para lograr el crecimiento...”⁶

La política del “caso por caso” que sigue observando el FMI no debe olvidar este cuadro de crisis generalizada, especialmente financiera, a nivel internacional⁷ que dificulta la aplicación de los ajustes estructurales de sus balanzas de pagos. Estos desequilibrios contables no son un problema aislado de cada país, sino un elemento integrado “dentro de la estrategia del desarrollo, la distribución del ingreso y el ajuste externo.”⁸ Esta consideración es tanto más valedera en el caso de El Salvador inmerso en una prolongada “sangría” económica y humana, derivada precisamente de los tres elementos recién mencionados. El programa de estabilización implementado en 1982-1983 no tuvo éxito perceptible, y el congelamiento de sueldos y salarios (como si todas las remuneraciones fueran algo homogéneas) vino a agravar más la distribución del ingreso; tampoco se redujo con ello la inflación, ni el gasto improductivo del Estado. Y tampoco un proceso de devaluación forzada logrará aminorar el desequilibrio interno y externo, sino que va a agudizar todavía más el primero. Adicionalmente, el FMI puede orientar o forzar a los países a trastocar el orden prioritario de sus objetivos sociales, “estrategia de desarrollo, distribución del ingreso y el ajuste externo,” generando un obstáculo o una disculpa a los respectivos gobiernos para desatender los problemas socialmente prioritarios.

2. Un modelo de funcionamiento desde un enfoque exportador

Una segunda lectura de nuestra economía puede titularse “el nuevo modelo norteameric-

no para Centroamérica, el caso de El Salvador.”⁹ Este enfoque coloca el “punto focal de nuestra economía en el mercado externo.” Sería la demanda externa la que informaría y condicionaría nuestro modelo económico y guardaría estrecha relación con el modelo político consecuente. Este programa exportador vendría a sustituir o a dar una dirección unilateral al plan de desarrollo nacional, hoy por hoy inexistente. El artículo citado, resumen de una tesis de graduación, analiza “las propuestas económicas para la región,” formuladas en el documento de Santa Fe (1980), en la iniciativa de la Cuenca del Caribe (1982), en el informe de la comisión Kissinger (1984) y en el programa económico de la AID (1984). En el juego de contraluces de un programa económicamente atractivo los autores de esta investigación vislumbran segundas intenciones de hegemonía política. “Este nuevo modelo económico para la región, consideramos que perseguiría dos objetivos fundamentales: garantizar condiciones de vida mínimamente aceptables para la mayor parte de la población, de manera a evitar en un futuro el resurgimiento de coyunturas revolucionarias, que pudiesen nuevamente cuestionar la hegemonía norteamericana en la región, y ligar las pequeñas economías de Centroamérica con la economía norteamericana de una manera tan profunda que, aun en el caso de que surgieran



gobiernos revolucionarios en la región, se contase con un poderoso instrumento de presión económica para facilitar su remoción, o en su defecto, su neutralización o cooptación.”¹⁰

No significa esto un rechazo a una política nacional de exportaciones, que, desde el punto de vista macroeconómico, es una variable “clave” aunque no autónoma de un conjunto de variables internas. Que necesitamos exportar es un artículo del “credo económico,” pero hay el peligro de que nuestra dependencia económica se convierta también en dependencia política condicionante. Hay un segundo aspecto concomitante, nuestra vocación económica y política debería ser eminentemente centroamericana y latinoamericana, hermanados como estamos por una historia pasada y por un problema coyuntural o estructural presente, la deuda externa. Hace dos décadas una desorganizada especialización y competencia mercantil fue llevando a la descomposición económico-financiera del mercado común centroamericano y a una guerra irrazonable de penosos efectos. Cabe la duda y la pregunta de si este plan de exportaciones ofrecido por un país y abierto a varios países hermanos no pudiera generar una nueva competencia mercantil y animosidad nacionalista entre los “estados ya desunidos de Centroamérica,” algo así como los niños que se pelean los caramelos de una piñata. Los esfuerzos de Contadora, la posible constitución de un parlamento centroamericano nos deben hacer reflexionar que nuestra vocación humana y económica es la unión y no la división competitiva.

Esta política de exportaciones contiene un aspecto bien positivo: favorece la creatividad e iniciativa tradicional salvadoreña para generar nuevas líneas de exportación agrarias o manufactureras y encontrar canales de comercialización abiertos; aunque los controles de calidad o inesperados cambios de políticas comerciales pudieran frenar los flujos. De todas formas se habrán generado efectos positivos en ese u otros posibles mercados. Sin embargo, una política de exportaciones no debe identificarse con un “modelo económico,” donde a partir de una “variable clave” se catalizarían el resto de las variables económicas. Ya hemos tenido varias décadas de exportaciones flamantes, las cuales no han derivado en “desarrollo económico interno;” más bien en los años de conflicto interno se han convertido en “fuga de capitales.” Una

política de exportaciones tiene que ir acompañada de una política de "distribución de ingresos" especialmente cuando ya se ha introducido un proceso de "devaluación monetaria," el cual eminentemente favorece al exportador. Incluso para favorecer las exportaciones y a los exportadores, quizás haya otras razones de contabilidad nacional, se quiere proceder a una nueva devaluación del colón, porque con la actual devaluación el exportador sólo se siente favorecido en 50 centavos por dólar y eso no es aliciente suficiente para motivar una política de exportaciones. Ya diremos enseguida —y lo estamos sintiendo— qué efectos negativos conlleva la devaluación para el pequeño productor y para el consumidor de ingresos fijos, que es la mayoría del pueblo salvadoreño. Una política de exportaciones, especialmente si la capacidad de exportación se halla concentrada en pocas manos, puede convertirse en un "antimodelo económico interno," con efectos regresivos.

Estas dos primeras lecturas de nuestra economía con sus correspondientes soluciones-recomendaciones tienen en común el "externalizar" la problemática del país, orientar a que las decisiones se tomen desde fuera, y que al menos otros trastruequen el orden social de nuestros problemas económicos, desarrollo, distribución del ingreso y equilibrio externo. Una política de exportaciones, abierta y controlada, es condición necesaria pero no suficiente.

3. La demanda deficiente interna

Las nuevas medidas económicas y el modelo o mecanismo de funcionamiento interno deben tomar en cuenta este problema estructural de la "deficiente demanda interna," en el cual hay que centrar el origen del actual conflicto militar. Algo que tipifica a nuestro y nuestros países es la distribución asimétrica del ingreso, tal como queda reflejado en la forma tan hundida de nuestra "curva de Lorenz." En los años de 1945-1946, cuando se comenzaba a hablar del primer plan de desarrollo, una misión de técnicos norteamericanos señalaba que el 60 por ciento de la población percibía ingresos equivalentes al 32 por ciento de la renta nacional, mientras que en el otro extremo de la curva el 5 por ciento de las

familias con ingresos superiores percibía el 35.5 por ciento de la misma renta nacional. Treinta años más tarde, finalizadas tres décadas calificadas de auge nacional, basado en el mercado externo, las encuestas oficiales siguen mostrando que el 62.9 por ciento de la población de menores ingresos disponía escasamente del 28.7 por ciento de la renta nacional mientras que en el otro extremo el 6 por ciento de las familias con mayores ingresos absorbía el 28 por ciento de la misma renta nacional. En esas décadas hubo auge general, hubo crecimiento de las exportaciones, pero no hubo desarrollo económico, porque la "teoría del rebalse" no funcionó. En los años de crecimiento económico no se distribuyeron equitativamente los beneficios sociales, sino al revés, debido al fenómeno de la "concentración económica."

Situados ahora en una vertiente de estancamiento económica, con creciente grado de inflación y desempleo, aunados a un hecho de guerra prolongada, que golpean especialmente a los no beneficiarios de la época del auge, la preocupación ética social es que no sean estos mismos grupos quienes salgan más perjudicados con la crisis actual. La pregunta ante cualquier lectura y modelo económico es ¿quién va a pagar los costos de la crisis nacional?

El proceso de devaluación

1. La inflación: una guerra civil monetaria

Muy ligado con el tema de la deficiente demanda interna y en orden a prever las posibles reacciones ante el proceso de la devaluación conviene recordar brevemente que una de las antepasadas de la devaluación ha sido el "proceso de inflación," el cual cuenta con 13 años de actividad negativa. Si estamos de acuerdo en que la inflación no son números de una o dos cifras, sino que se traduce y genera comportamientos sociales, hay que decir que una inflación, tan prolongada en el tiempo y tan fuerte en sus tasas de crecimiento, ha ido generando una "guerra civil monetaria," ya antes de que el país entrara en una guerra civil armada. Ante la experiencia cotidiana sobran las estadísticas, las que suplimos por una sencilla reflexión. La inflación priva de valor a la mone-

Hay una guerra monetaria entre ciudadanos, donde cada uno trata de trasladar al siguiente el efecto erosionante de la inflación. Y como en toda guerra, también aquí hay vencedores y vencidos.

La devaluación de enero será sólo la primera devaluación, dado que económicamente estamos perdiendo la guerra, es decir, la guerra nos está perdiendo económicamente.

da, que es la medida de valor; entonces queda sin valor la moneda, quedan sin valor las cosas y también los ciudadanos pierden mucho de sus valores cívicos. Porque el intercambio continúa, pero hay que seguir haciéndolo sobre valores subjetivos, sorpresivos y especulativos, de manera que para defenderse de la inflación se crea más inflación. Se genera así, lenta pero eficazmente, una "guerra monetaria" entre ciudadanos, donde cada uno trata de trasladar al siguiente el efecto erosionante de la inflación. Y como en toda guerra, también aquí hay vencedores y vencidos: normalmente con la inflación salen beneficiados los productores-vendedores por cuanto compran relativamente barato y venden relativamente caro; salen beneficiados los deudores por cuanto adquieren un crédito un dinero relativamente valioso y lo devuelven relativamente devaluado; pero salen netamente perjudicados los poseedores de rentas fijas (jubilados) y quienes sólo o principalmente cuentan con salarios fijos como fuente de sus ingresos. Este proceso de inflación prolongada explica por qué la "curva de Lorenz" se hundió aun más en la década de los 70, la cual por añadidura se caracterizó por la mayor resistencia organizada en contra de cualquier intento de reformas económicas. Por otra parte, 13 años de hacer inflación y de añadir inflación interna a la inflación importada, difícilmente pueden corregirse por un decreto de control de precios; diremos en seguida que el mismo proceso de deslizamiento y devaluación total genera "determinadas" alzas en los precios de los insumos (coeficientes técnicos de importación de la matriz insumo-producto), que los productores-comerciantes utilizan para argumentar incrementos aún mayores de los precios finales. Si la autoridad pública carece de medios para propiciar una oferta suficiente de productos básicos y carece de la necesaria capacidad de medios técnicos para controlar el alza injusta de los precios, la inflación se verá multiplicada por el hecho mismo de la devaluación, tal como lo está demostrando la experiencia de los tres meses transcurridos luego del decreto de enero¹¹ porque ya se ha creado el hábito de hacer inflación para defenderse de la inflación.

2. El proceso de devaluación

El desequilibrio externo, que se pretende estabilizar, guarda estrecha relación con la "deuda externa" que lo generó y con el proceso de devaluación con que parcialmente se le quiere corregir. Todos estos fenómenos o resultados de nuestra contabilidad nacional son parte de un proceso interno y externo, que conviene por lo menos esbozar para enjuiciar las causales de la devaluación-deuda externa, de los efectos distributivos del proceso de devaluación y de la oportunidad social de una nueva devaluación, que ya se rumorea. En anterior publicación sobre el tema de la deuda externa latinoamericana¹² se hacía mención de los principales actores de la generación de la deuda externa, muy ligada con el proceso de devaluación.

En la lista de actores figuran la banca privada internacional y sus correspondientes países desarrollados que la impulsaban a hacer un crédito desmedidamente atractivo que propiciara sus exportaciones, la demanda imponderada de créditos privados y de gobiernos de países hoy deudores, las políticas económicas particulares del gobierno norteamericano (1980...) y la actuación del FMI. Este escenario internacional adverso ha sido repetidamente criticado por los ministros de economía y hacienda del Grupo de los Veinticuatro en las reuniones y documentos referidos anteriormente; y a medida que nos acercamos al momento actual no cambia el contenido pesimista de tales declaraciones. A modo de ejemplo valga citar un párrafo introductorio de la reunión del G-24 del 8 de abril de 1986, "los ministros reiteraron sus serios temores acerca de las perspectivas para la continuación del crecimiento, y expresaron su preocupación por el hecho de que en 1985 las tasas de crecimiento de los países industriales hayan sido excepcionalmente bajas; el crecimiento del comercio internacional ha sido solamente la mitad de lo que se previó el año pasado; los precios de los productos básicos han seguido descendiendo; la relación de intercambio de los países en desarrollo ha empeorado acusadamente, al tiempo que sus ingresos reales de exportación de hecho se han reduci-



do; el financiamiento de los bancos a los países endeudados prácticamente ha cesado por completo, y las corrientes de capital oficial se han estancado, incluso en términos nominales. Todo esto se ha traducido en una desaceleración del crecimiento de los países en desarrollo, y ha hecho prácticamente imposible el ajuste; los esfuerzos por ajustar la posición de pagos externos han hecho descender el nivel de vida, en muchos casos muy por debajo del registrado hace más de un decenio... Los ministros reiteraron que el fracaso del actual enfoque de la gestión de la deuda en la búsqueda de una solución definitiva a la crisis tiene sus raíces en un diagnóstico inadecuado del problema, y que en consecuencia se producen conflictos entre las políticas de ajuste deflacionario de corto plazo y la necesidad de lograr un equilibrio a largo plazo."¹³

Si algunas de estas premisas aparentemente no se aplican al caso de El Salvador, dados los flujos masivos de ayudas y créditos para fines económicos y militares, si se le aplican las consecuencias económicas y sociales aquí previstas, que es necesario tener presentes al analizar el proceso de devaluación nacional y la distribución de sus consecuencias entre beneficiados y perjudicados. La devaluación aprobada el pasado mes

de enero es el término de un proceso de deslizamiento y verosíblemente será el punto de partida para una nueva devaluación.

Viniendo al propio decreto de devaluación dos son las preguntas que pueden formularse: ¿tenía el gobierno que devaluar la moneda? ¿Se pueden esperar efectos positivos de la devaluación? Las respuestas a estas preguntas son delicadas y discutibles, tal como lo podemos deducir de los mismos comentarios e interpretaciones hechos después de la exposición pública de los profesores del departamento de economía; parece que las interpretaciones de corte partidista-político oscurecen argumentos históricos sobre las causas que llevaron a este decreto de devaluación.

¿Tenía el gobierno que devaluar la moneda o ha cedido a presiones externas del FMI, AID...? Sin duda se sumaron las presiones a las razones típicamente económicas, derivadas de un creciente desequilibrio externo. En otras palabras, una primera aproximación a la respuesta sería decir que "el colón ya estaba devaluado," y que el decreto vino a sancionar, quizás demasiado pronto y demasiado presionado, un hecho ya consumado. La respuesta requiere unas pocas

En el interior de nuestro orden económico nacional nos encontramos con grupos de deudores y grupos de acreedores, división derivada de nuestro modelo de funcionamiento.

cifras y un comentario sobre las causas de tales resultados. Los datos que muestran suficientemente el deterioro externo de nuestra balanza de pagos están sacados de la publicación que FUSADES dedica al tema de "La brecha del sector externo."¹⁴

La "balanza corriente" (de El Salvador), que integra importaciones y exportaciones de bienes y servicios, relegando las "transferencias" fuera de esta balanza para un mejor análisis de nuestra capacidad productiva, muestra una "brecha o déficit comercial" crecientemente negativo de 1979 a 1985; 75 millones de colones en 1979 y 1.070 millones de colones en 1985, según FUSADES; pero otros estudios lo elevan a 1.300 millones de colones. De todas formas esta "brecha comercial" en 1985 superó el 40 por ciento del valor de nuestras exportaciones y da una idea de la incapacidad de autofinanciamiento interno a partir de nuestras exportaciones. Este déficit externo ha podido paliarse o equilibrarse contablemente gracias a las "transferencias," al aumento neto de "préstamos externos" y a la "negociación y refinanciamiento de la deuda externa de corto plazo," que traslada el perfil y la carga del servicio de la deuda para años futuros.

Las "transferencias," que según FUSADES son en un 85 por ciento aproximadamente donaciones de Estados Unidos, se han incrementado de 128.5 millones en 1979 a 1.000 millones de colones en 1985, lo cual equivale, en este año, a un 40 por ciento de nuestras exportaciones. La "balanza de capital" (saldo neto de entradas y salidas) fue netamente negativa en los años de 1979 (-324 millones de colones) y 1980 (-567 millones de colones) debido a que la masiva "fuga de capitales" neutralizó con creces la entrada de préstamos externos. Si en los años posteriores la balanza de capital se hace positiva es gracias a estos préstamos externos y a la negociación de la deuda externa, la cual viene a comprometer nuestro futuro.

El creciente déficit externo se traduce en una creciente "deuda externa," la cual ya se venía incrementando desde la década de los 70, y se duplicó con creces de 1979 a 1985, 2.347.2 millones de colones en 1979 y 5.000 millones de colo-

nes, en números redondos, para 1985. Este monto de deuda externa alcanzó prácticamente el 50 por ciento de la renta nacional; y lo que más dice, el servicio de la deuda externa (1.357 millones de colones) equivale a un 46 por ciento del valor de nuestras exportaciones. En el marco internacional de contracción y obstáculos, descrito por el Grupo de los Veinticuatro, aparece toda la dificultad para poder atender simultáneamente al pago de la deuda y al más elemental desarrollo económico y social que reclama la situación del país. Creemos, con otros autores más autorizados, que ni moral, ni humana, ni económicamente podemos ni debemos pagar toda esta cantidad de deuda externa, so pena de decir "no" al desarrollo económico interno. Esta situación externa tan deteriorada encuentra un alivio presente y una dependencia creciente en la "ayuda económica de Estados Unidos," la cual ha aumentado 38 veces de 1979 a 1984; en esos 6 años, la ayuda total alcanzó la cifra de 1.087 millones de dólares, y ya en 1984 esta ayuda equivalía al 55 por ciento del gasto del presupuesto estatal, al 85 por ciento de los ingresos corrientes del mismo presupuesto, y al 72.6 por ciento de nuestras exportaciones. Se trata, dirá un comentarista, de un "aporte fundamental supletorio y no simplemente complementario."

Estas pocas cifras muestran, desde la contabilidad nacional, el grado real de nuestro deterioro externo, es decir, de la moneda nacional. El FMI y AID tenían y tienen razones contables para presionar hacia una devaluación del colón, que de hecho ya estaba devaluado. También AID y los otros proyectos norteamericanos, arriba mencionados, podrán ofrecer como una solución ventajosa un plan y una política de exportaciones, que en parte pueda aliviar este desequilibrio externo y animar, también en parte, la economía interna.

Hasta aquí unos breves efectos o resultados contables, ante los cuales hay que plantear la pregunta, ¿quién ha devaluado el colón? Porque quienes hayan participado en la devaluación del colón deberían participar en los costos de la devaluación. Sin pretender ser exhaustivos se mencionan algunas causas de la devaluación. En el

mediano plazo anterior hay que señalar el proceso de "estanflación" internacional, el cual generó simultáneamente una alza creciente de los precios de nuestras importaciones, sumado a una posición restrictiva y proteccionista frente a nuestras exportaciones, fruto del llamado "orden económico internacional." También se debe poner en lista la profusa distribución de crédito proveniente de la banca privada internacional (reciclaje de los petrodólares), durante la pasada década, la cual se convirtió en uno de los agentes de la deuda externa. Frente a la concesión de créditos bilaterales o multilaterales es de señalar la contratación y firma de algunos proyectos tan costosos como poco necesarios, y criticados en su tiempo por grupos de economistas, tal el lujoso aeropuerto Cuscatlán, el Hotel Presidente..., lo cuales han resultado ser casos de endeudamiento superfluo, donde el "efecto-multiplicador" ha sido bien reducido. Hay que mencionar, a partir de 1980, la decisión particular de Estados Unidos de elevar drásticamente su tipo de interés interno, lo cual vino a aumentar el servicio de la deuda, seguido de la revaluación del dólar, que vino a incrementar el pago de amortización. Una política particular de un país que dañó sensiblemente a las economías del tercer mundo (G-24).

Mirando hacia dentro y en el más corto plazo, ya hemos hecho mención de la "masiva fuga de capitales, superior a los 2 mil millones de dólares, equivalentes por lo menos al valor total de nuestra deuda externa, realizada por grupos de personas quienes lamentan hoy los costos de la devaluación, y lo que sería aún peor que pueden hoy beneficiarse de la presente y quizás también de la próxima devaluación aconsejada para fomentar las exportaciones. No deja de llamar la atención que en el año 1980 (año típico de salida de capitales y año de de la nacionalización de la banca) la deuda privada se redujo en unos 300 millones de colones mientras que las deudas pública y bancaria se elevaron notablemente. Entonces surge la pregunta, ¿parte de esos capitales en fuga se utilizaron para pagar la deuda privada, o parte de la deuda privada se convirtió en deuda "garantizada por el Estado"? A la fuga de capitales se ha ido sumando la progresiva especu-

lación (mercado negro) de tantas personas que se han afanado por "menos-preciar" activamente el valor del colón, utilizando también el "reciclaje" de las remesas de pobres emigrantes para beneficiar a otros apostadores. El público, en general, estaba dando un voto desfavorable a la moneda nacional, como parte del proceso especulativo: inflación, devaluación... Dejando de lado otros factores, como las presiones del FMI..., es totalmente necesario hacer espacio especial para la "guerra y la deuda externa," como dos hechos que van muy unidos. Porque la "guerra," además de todos los males y daños humanos más graves, ha sido el gran causante de los recientes déficits fiscales ("presupuestos de guerra"). La guerra ha generado un "déficit monetario" en el presupuesto del Estado y ha generado un "déficit en el papel de promotor económico" que debería haber jugado el Estado. La guerra, vía crédito inflacionario del sector bancario para actividades no productivas del sector público, ha venido a incrementar la deuda interna y externa. La guerra, al incrementar el clima de incertidumbre, ha ahuyentado la entrada de capitales productivos, al mismo tiempo que reclama mayores préstamos para sostener la guerra, es decir, para prolongar la deuda externa. La guerra ha reducido drásticamente el equipo y la capacidad productiva y exportadora, que en algo pudiera haber aliviado el proceso devaluatorio.

Lo contradictorio de todo este proceso de devaluación, en el cual se conjuga la acción de muchos actores, es que instituciones y poderes que han apoyado la guerra como solución política nacional, apoyen y presionen por la devaluación monetaria, que tampoco es la solución económica nacional. Esta es parte de la irracionalidad impuesta desde fuera. También es contradictorio, que grupos mayoritarios de la población, que en nada han participado en este proceso de devaluación, tengan que cargar mayoritariamente con los costos de la devaluación. Esto es parte de la irracionalidad interna, y es lo que da el carácter de contradictorio a este conjunto de medidas económicas, las cuales no logran distribuir equitativamente el sacrificio nacional de la crisis.

En el interior del llamado orden económico internacional nos toca sufrir el papel de deudores. Por razones éticas y económicas es deber social aunarnos al grupo de los países-deudores en el diálogo con los países-acreedores.

Se ha tratado de matizar la respuesta a la cuestión de si el gobierno debía o no devaluar la moneda; echar la culpa simplemente al gobierno o a las presiones del FMI es dejar el análisis a medio camino, y es una mala excusa para silenciar otras causas y actores nacionales. Es obligatorio aminorar y suprimir aquellas causas que estén en nuestras manos; de manera especial la guerra. Porque si a la guerra no se le busca otra solución que la guerra, "la devaluación de enero será sólo la primera devaluación," dado que económicamente estamos perdiendo la guerra, es decir, la guerra nos está perdiendo económicamente. Y hacia fuera, el Gobierno debe unir sus esfuerzos con los esfuerzos de otros gobiernos en el diálogo internacional con los acreedores de nuestra deuda pública; no es posible combinar "deuda total y desarrollo nacional."

3. Los efectos esperables de la devaluación

La pregunta es necesaria porque a los 3 meses de la reciente devaluación los efectos más sensibles y aparentes son negativos, y sin embargo, ya se está rumoreando la siguiente devaluación. ¿Hemos llegado a una situación tan crítica en

que es necesario "devaluar para estar peor"? Una serie de estudios e investigaciones de instituciones públicas y privadas, realizados en los últimos 5 años, justifican esta pregunta. Las presiones por la devaluación ya se venían dando desde 1982, cuando se proyectaba una devaluación del 54-60 por ciento, con una subida compensatoria de los salarios de un 5 ó 10 por ciento. De hecho lo que se decretó fue un "congelamiento de sueldos y salarios" y se inició un proceso de deslizamiento, como parte de un programa de estabilización.

Algunas de estas investigaciones, especialmente las realizadas en nuestra universidad,¹⁵ ponían en entredicho la posibilidad de que los efectos teóricos favorables, derivados de una devaluación, pudieran aportar algún grado de equilibrio a nuestra balanza de pagos, dados los valores tan deprimidos (entre 0 y 0.80) de las elasticidades precio-demanda de nuestras importaciones y exportaciones. Este dato manifiesta que la negación de los efectos favorables de la devaluación sobre la balanza de pagos tiene su base académica. Si la devaluación se imponía, vendría impuesta por razones no favorables, y no deja de



llamar la atención que personeros oficiales quienes, hace 2 años enfatizaban las consecuencias negativas de la devaluación, ahora esperen de ella efectos positivos para la estabilización y para la reactivación. ¿Política versus economía? En realidad, dentro de las presiones externas para la devaluación se combinan razones económicas con pactos políticos, los cuales dan cierta "estabilidad" al gobierno. La AID, al aconsejar o forzar la devaluación del colón (*Proceso, 148*), ponía como objetivos el impedir el deterioro y aun mejorar la situación de las industrias tradicionales de exportación y generar las condiciones para el desarrollo a largo plazo de las industrias no tradicionales de exportación, dejando de promover "artificialmente" industrias no competitivas. Si a ello se añade que ningún país endeudado, con un tipo de cambio sobrevaluado, puede contar con ilimitadas fuentes de financiamiento externo, era menester ir pensando en sustituir la llegada de capital compensatorio por el ingreso derivado de las exportaciones nacionales, dando mayor credibilidad al proyecto norteamericano para nuestra economía. Es cierto, se decía, que habría ciertos efectos negativos, comenzando por el deterioro político del gobierno que decretara la medida, sumado a contracciones iniciales en la producción nacional, en el ingreso, en el empleo..., el cual ya venían decayendo desde 1979.

Como lo hicimos con la inflación, conviene preguntarse quiénes son los beneficiados y los perjudicados con una devaluación. Normalmente, salen beneficiados los "exportadores" en general, por cuanto verán incrementados sus ingresos en moneda nacional. De ahí que el Estado pueda esperar equilibrar su presupuesto de guerra con el monopolio de la exportación, y que otros grupos sigan peleando la constitucionalidad del INCAFE. Podrían salir beneficiados aquellos industriales que lograran exportar competitivamente, aunque el efecto de la devaluación sobre sus costos puede reducir la tasa de beneficio. Pero resultarían netamente perdedores los pequeños-medianos empresarios y todos los poseedores de ingresos fijos (asalariados) por el alza derivada de los precios. Una devaluación, vía inflación, tiene un efecto regresivo o redistributivo de ingresos de los segundos a favor de los primeros; se genera una "corriente perversa."

Si venimos a considerar los efectos sobre otras variables económicas nos encontramos con proyecciones diferentes y más aún opuestas, en el

supuesto de que los cálculos se hacían para una devaluación menor a la hoy realizada. Mientras que la AID hablaba de un efecto negativo por el alza de un 15-21 por ciento en los precios, los análisis de la UCA lo elevaban a un 37 por ciento y el banco central lo situaba entre el 22 y 29 por ciento, añadiendo, "el grueso de las familias rurales y urbanas no podrían enfrentarse a incrementos en el costo de vida de esas dimensiones y, ante la pérdida de poder adquisitivo y deterioro de las condiciones de vida, aumentaría la efervescencia política y descontento social."¹⁶ Por lo que hace a la "producción" (demanda agregada), la AID pronosticaba una contracción del 5 por ciento en el primer año, seguida de una recuperación o incremento del 6 por ciento en el segundo año. ¿Sería esto posible en un clima de incertidumbre de guerra? El banco central proyectaba más certeramente una contracción del 7 por ciento en la demanda agregada y más en concreto contracciones semejantes del 11 por ciento tanto para el consumo como para la inversión, lo cual llevaría —y nos ha llevado— a que el consumo per cápita descendiera a niveles de 1960, dada la contracción que ambas variables venían mostrando desde 1979 en términos reales. La contracción de la inversión se explicaría por el clima de incertidumbre político-económica, y el deterioro del consumo como un derivado del proceso de inflación-devaluación. Más opuestas eran las proyecciones o pronósticos referidos a la suerte del presupuesto estatal. Tanto el banco central como otras investigaciones preveían incrementos crecientes en el déficit fiscal, en razón del impacto de la devaluación sobre gastos de consumo e inversión del Estado y de la previsible contracción de ingresos en varios rubros tributarios. Sin embargo, la AID proyectaba una reducción de déficit fiscal de 44 millones de colones, en el supuesto de que se incrementarían los ingresos tributarios en unos 200 millones de colones, en el supuesto no muy confirmado de que se iniciara una cierta recuperación en la producción nacional. Los hechos confirmados de 1985, con un deslizamiento gradual del tipo de cambio, y un déficit fiscal que supera los 750 millones de colones, da la razón a los pronósticos del banco central y otras instituciones. Si en 1986 el Estado logra equilibrar su presupuesto de guerra no se deberá propiamente a los efectos de la devaluación, sino al buen precio coyuntural del café. Prueba de ello es que el "refuerzo presupuestario," aprobado por los 33 votos del PDC, incrementa en forma preferencial las ramas de hacien-

La pregunta ante cualquier lectura y modelo económico es ¿quién va a pagar los costos de la crisis nacional?

da y defensa-seguridad, para poder ajustar el pago de salarios y deuda y seguir financiando la guerra. Adicionalmente, según información disponible, el banco central ha elevado sus créditos al gobierno hasta 140 millones de colones, ya en el mes de abril, para sufragar sus gastos, siendo así que el programa monetario de 1986 había asignado la cantidad de 100 millones de colones de crédito neto para los 12 meses del año.¹⁷

Es claro que la devaluación viene a incrementar el monto de la deuda externa, heredada en el pasado e incrementada en el presente, hasta absorber su servicio una cantidad superior al 46 por ciento de los ingresos de exportaciones. Si se ha hecho mención a las repetidas reuniones, declaraciones y peticiones de los ministros de economía y hacienda del Grupo de Veinticuatro, en representación de los países del tercer mundo, es para mostrar la difícil problemática de estabilizar y reactivar las economías de los países deudores. No es posible pagar todo ese monto de deuda externa y hacer algo por el desarrollo social externo. Tampoco podemos sumar cosas tan diferentes como producción de guerra y producción para la vida en orden a contabilizar un "crecimiento cero" o algo positivo del producto nacional. Lo difícil del problema es cómo distribuir los costos de la devaluación y de la crisis y no repetir la historia de beneficiados y perdedores.

Los recientes estudios y publicaciones de FUSADES complementan en buena parte estas perspectivas más que grises de nuestro deterioro nacional. Analizando las "expectativas de la política cambiaria," adoptada a fines de 1984 y a partir de un estudio econométrico, llegan a cuantificar los efectos de la iniciada devaluación ("naturalmente no se puede sostener que los porcentajes mencionados son altamente precisos") sobre las principales variables macroeconómicas. Dejando de momento esas cifras se traslada al comentario, "estos resultados permiten concluir lo siguiente. Una devaluación, o en su caso una depreciación monetaria tomada en forma aislada, en una economía subdesarrollada que depende fuertemente de las importaciones para su producción interna, tiene, entre otros efectos más importantes, el de contraer momentáneamente la producción, es decir, el crecimiento; el de agudizar el déficit fiscal, debido entre otras cosas, a la

reducción de los ingresos por impuestos a la importación que a su vez disminuye; redistribuye el ingreso de los asalariados a favor de los no asalariados; aumenta la inflación y reduce el déficit en la balanza de pagos. En otras palabras, la depreciación de la moneda que se lleva a cabo con el fin de resolver problemas de balanza de pagos, tiene una serie de costos que la acompañan; si bien puede atenuar el desequilibrio externo, también contrae el crecimiento, agudiza el desequilibrio interno y hace surgir malestar social por la baja en el ingreso real de los asalariados."¹⁸ El párrafo no necesita más comentario.

Con perspectivas algo diferentes tanto el boletín No. 8 de FUSADES como la publicación de la Universidad Nacional, *Coyuntura Económica*, No. 4-5, coinciden en el deterioro general económico. FUSADES se ciñe más en un análisis típicamente macroeconómico, si bien inicialmente hace referencia a otro tipo de variables, al afirmar que sus proyecciones de larzo plazo presuponian: "1) que no existirían cambios drásticos en la orientación de la política económica del país; 2) que no ocurriría un deterioro de la situación sociopolítica y militar." Tomando en cuenta estas variables "intra-económicas" su evaluación puede resumirse someramente en la siguiente frase: "el comportamiento anual observado en una perspectiva de largo plazo no es satisfactorio y no es sostenido. Por razones que más adelante se verán, tampoco es autónomo."¹⁹ Juicio bastante benévolo desde una perspectiva macroeconómica de largo plazo. Con distinto enfoque el Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad de El Salvador analiza la "Evolución de la economía (1985) y las condiciones de vida" desde la perspectiva de los asalariados, quienes constituyen la mayor parte del país, y que de momento son también los más perjudicados con el conjunto de medidas económicas. Por ello se hará referencia a "las luchas reivindicativas del movimiento laboral."²⁰ Esto ya se dejaba entender en el comentario antes citado del banco central y en las conclusiones emanadas del estudio de FUSADES. También, aunque con distintas perspectivas, coinciden el breve comentario de *Proceso*, No. 237, y el más amplio análisis de FUSADES sobre "La actividad económica de El Salvador en 1986: un pronóstico." Invitando a una lectura

personal de este documento, en palabras de los autores se puede resumir así el pronóstico de 1986. "En síntesis, entre los rasgos que caracterizan el panorama económico están: un crecimiento débil, la acentuación del proceso inflacionario, la incapacidad del gobierno para generar un superávit financiero, el deterioro del sector externo, la mayor dependencia de la ayuda externa, y el crecimiento inmoderado del crédito del Banco Central. En este análisis "típicamente" macroeconómico no deja de llamar la atención que la variable "guerra no se mencione explícitamente y que sólo indirectamente pueda entreverse en sus efectos, a menos que se quiera dar por supuesto lo que es obvio; aunque parece que no es obvio para todos el por qué nació la guerra y el por qué no se detiene la guerra. Es obvio también que la guerra informa y condiciona a ese conjunto de factores, "que jugarán un papel de importancia" en el programa de estabilización, "entre los cuales pueden citarse: la disciplina fiscal, el financiamiento externo, los criterios de asignación del crédito y las divisas, así como una política de estímulos a la producción."²¹ En este sentido sería un aporte importante el que haría FUSADES, bien conectada con el sector productivo, si en sus valiosos estudios de corto y largo plazo integrara esta variable tan determinante como es la "guerra," la cual al generar mayor incertidumbre en los empresarios productores, mayor inseguridad humana y económica en los sectores laborales y menor eficiencia y credibilidad en la administración pública, desbarata toda posible acción de las recientes medidas económicas, tanto en orden a la estabilización como, y de manera más especial, con miras a la reactivación económica. La situación heredada del más largo plazo y los limitantes económicos y políticos del más corto plazo superan la eficacia correctiva de las medidas implementadas. Porque las medidas las puede dictar un gobierno, pero las realiza una población. En nuestro caso, una población dividida y enfrentada con intereses encontrados, una población diferenciada por sus modos y modelos de vida donde cada grupo y partido trata de proteger sus propios intereses. La estructura económica concentrada que viene del pasado, más el juego de la inflación, de la devaluación, de la guerra, del partidismo político han desmembrado más lo que pudiera haber de unidad y simpatía nacional. Se han perdido muchos valores morales y cívicos, y la macro-inseguridad de la guerra se multiplica en la micro-inseguridad per-



sonal, la cual va desde el negocio de los "secuestros" hasta la privación de toda seguridad en las ciudades y sobre todo en el campo. Es la inseguridad lo que condiciona hoy el comportamiento humano, y que económicamente puede derivar en un "sálvese el que pueda," en un mayor individualismo.

A un nivel más regional y mirando más a largo plazo una serie de acontecimientos económicos y políticos nos han desviado de nuestra vocación histórica centroamericana y latinoamericana; con estos países, además de otros valores, nos une el problema de la deuda externa. Y nos hemos vuelto más dependientes económica y políticamente de un sólo país. Mirando a ese mediano plazo hay que volver hacia el ideal centroamericano; una "utopía," algo que no existe, pero que es la norma de lo que debiera existir. Para fines de siglo habrá en El Salvador 10 millones de habitantes, número que el país no puede sostener y que podría ser una riqueza productiva para países limítrofes, si se lograra, más que limitar, abrir las fronteras.

En el más corto plazo y más hacia dentro, el gobierno, sea cual fuere, debe meditar el doble

problema que enfrenta. Al interior del llamado "orden económico internacional" nos toca sufrir el papel de deudores; por razones éticas y económicas es deber social aunarnos al grupo de los "países-deudores" en el diálogo con los "países-acreedores" para encontrar una solución conjunta al problema del servicio de la deuda externa y del servicio al desarrollo interno. Al interior de nuestro "orden económico nacional" nos encontramos con una división semejante de "grupos-deudores" y "grupos-acreedores" derivada de nuestro modelo de funcionamiento. Desde el punto de vista macroeconómico, en orden a describir el bienestar social, siempre han tenido muy poco significado esos promedios del "ingreso per-cápita" o del "consumo per-cápita." Pero quizás hoy sí tienen sentido esos promedios en orden a orientar las políticas y el modelo económico. Por el bienestar social de todos el modelo económico debería buscar acercar más los unos a los otros y los otros a los unos. No estamos en tiempos de buscar beneficios grupales, sino de repartir los sacrificios de una crisis generalizada. Conviene ir reduciendo y sacrificando la producción, la importación y la publicidad de bienes y servicios suntuarios y menos necesarios, poniendo límite a los privilegios de que suelen gozar ciertos sectores de la población: todo ello, aparte de que resta recursos financieros para bienes esenciales, se convierte en elemento de irritación social, dado el nivel de inflación y desempleo existente. Habrá que dar mayor apoyo a la pequeña y mediana empresa y a la agroindustria, en cuanto elemento generador del empleo y normalmente mayor consumidor de insumos nacionales. Por el bienestar social, la política fiscal debería ser más redistributiva. Habría que asegurar el control de precios de los bienes esenciales (canasta básica familiar), dedicando recursos para asegurar y aun subsidiar la oferta de alimentos básicos, controlando la especulación y el acaparamiento, que deberían ser drásticamente castigados. De una manera general, se impone un género de vida más austero, más sencillo, más racionado por hallarnos en economía de crisis y de guerra prolongada. Sin embargo, ni siquiera este mínimo social se podrá lograr mientras persista y se prolongue la guerra.

NOTAS

1. Departamento de Economía. "La política económica en El Salvador: 1979-1985," *Boletín de Ciencias Económicas y Sociales*, 1985, 6, pp. 381 y 55.
2. Alvarado José Antonio. "Algunos elementos de análisis de la política fiscal," *Boletín de Ciencias Económicas y Sociales*, 1986, 1, p. 44.
3. G-24: "Se propone reprogramar la deuda al tiempo que se acelera el desarrollo," *Boletín del FMI*, 4 de noviembre de 1985; pp. 311-315.
4. J. de Larosiere: "Actividades del Fondo." *Boletín del FMI*. 24-febrero-1986 pp. 49-55.
5. *Boletín del FMI*, 24 de marzo de 1986, pp. 1 y 87-93.
6. *La Prensa Gráfica*, 9 de mayo de 1986, pp. 4 y 33.
7. E. Mandel, *La Crise*. CH. XXXVIII: "La reprise 1983-1985 est couplée a une crise financière aggravée." Paris: Flammarion, 1985.
8. F.J. Ibisate, "La impagable deuda externa latinoamericana," *Boletín de Ciencias Económicas y Sociales*, 1985, 4, p. 217.
9. H. Rosa y R. Suay, "El nuevo modelo norteamericano para Centroamérica: el caso de El Salvador," *Boletín de Ciencias Económicas y Sociales*, 1986, 1, pp. 7-43.
10. *Opus cit.*, p. 34.
11. *Proceso*, 1986, 237, 1986, pp. 8-12.
12. F.J. Ibisate, *opus cit.*, p. 203.
13. Grupo de los Veinticuatro, "Un nuevo enfoque de la deuda externa," *Boletín del FMI*, 28 de abril de 1986, pp. 119-122.
14. FUSADES, *Boletín económico y social*, 1985, 6, pp. 1-5.
15. N.C. Alas-Rodríguez y M.E. Franco-Ciudad Real, "Posibles efectos de la devaluación del colón en la economía salvadoreña," UCA, marzo de 1984. Un resumen en N.N. Saca-Saca, "Efectos de una devaluación del colón como una política de estabilización de la balanza de pagos," *Boletín de Ciencias Económicas y Sociales*, 1984, 2, pp. 57-76.
16. *Proceso*, 148, p. 8.
17. *Proceso*, 237, pp. 8-12.
18. FUSADES, "Proyecciones Económicas para 1985," *Boletín Económico y Social*, 1985, 1, p. 5.
19. FUSADES, *Boletín Económico y Social*, 8, p. 2.
20. Instituto de Investigaciones Económicas, Universidad de El Salvador, "Balance de la Economía Salvadoreña: 1985," febrero-marzo de 1986, pp. 19-23.
21. En el *Boletín de Ciencias Económicas y Sociales*, 1986, 2, aparece un artículo que resume el comentario hecho por varios profesores del departamento de economía al "Programa de estabilización y reactivación económica," formulado por el gobierno.